

La pequeñez de Europa es hija de su grandeza histórica

En cuanto los pueblos europeos emprendieron la conquista de América y la circunnavegación del globo a partir de 1492, Europa se convirtió en el punto de partida de la era planetaria, que fue a la vez una etapa de occidentalización y mundialización.

En la actualidad, sin embargo, Europa ha enco-gido.

No es más que un fragmento de Occidente, cuando, cuatro siglos antes, Occidente era un fragmento de Europa. Ya no está en el centro del mundo y ha quedado confinada a la periferia de la historia.

Se ha vuelto provinciana con respecto a los gigantes protagonistas de la era global. Se ha convertido en una provincia del mundo y ha perdido cada vez más peso en cuanto a demografía, poder militar y recursos energéticos y mineros.

Esta nueva condición de provincia del mundo

conmina a Europa a superar su actual fragmentación en Estados individuales dotados de soberanía absoluta.

Europa se ve obligada a realizar dos conversiones aparentemente contradictorias, pero en la práctica complementarias: debe superar la nación y reconocer su condición de provincia. Los europeos debemos unir estos dos actos en un único proceso. Solo así podremos asumir el destino del planeta y, en consecuencia, regenerar de forma novedosa y concreta ese Universal definido por nuestra cultura.

Europa debe convertirse en una provincia y en una metanación. Solo esta doble metamorfosis puede llevarla a desempeñar un papel decisivo en la toma de decisiones de los procesos de globalización, un papel consciente y creativo precisamente por la especificidad de su historia y de su identidad plural.

La renuncia forzada a ser el centro del mundo podría abrir una vía para la salvación de Europa.

La Europa geográfica es una y es múltiple

La Europa geográfica no tiene un centro fijo. A lo largo de su historia, sus centros se han desplazado y han aparecido otros nuevos.

La Europa medieval desplazó su centro hacia el norte, hacia el mundo germánico; un centro que, durante miles de años, estuvo situado más al sur, en las penínsulas del Mediterráneo.

La Europa moderna ha acompañado su dinamismo económico de una serie de desplazamientos continuos del centro. Venecia, Amberes, Génova, Ámsterdam y Londres fueron en su momento las piedras angulares de una red económica cada vez más extensa y tupida.

Europa posee fronteras permeables, de geometría variable, que sufren deslizamientos, roturas y transformaciones.

Europa posee una extensión de fronteras marítimas fluidas que no tiene parangón con ningún otro continente. Para sus numerosos pueblos costeros, estas fronteras representan una apertura al exterior, una prolongación, una placenta alimenticia.

Europa huye de cualquier polarización geográfica rígida: no es un Occidente que se contrapone a un Oriente; no es un Norte que se contrapone a un Sur.

Europa no puede definirse mediante una frontera con Asia; es una «península», pequeña pero muy influyente, de ese vasto continente que es Eurasia, cuya historia global siempre ha influido en la historia de Europa y de sus parcelas individuales. Las vicisitudes del pueblo ruso, acaecidas en el enorme

territorio que se extiende a ambos lados del curso del Volga y de los montes Urales, son tan solo el último eslabón de una cadena de hechos que implican a los innumerables pueblos que se han desplazado por el espacio euroasiático. Las vicisitudes del pueblo turco, que, a caballo entre Europa y Asia, es actualmente heredero tanto de los pueblos sedentarios mediterráneos como de los nómadas de Asia central, pueden considerarse paralelas.

Europa no puede definirse mediante una frontera con África. El Mediterráneo fue su lago interno durante los siglos de hegemonía del Imperio romano. Ni siquiera la irrupción del islam, que levantó barreras y multiplicó los conflictos con los países europeos, logró anular la afinidad que existía entre las diferentes formas de vida de sus orillas ni las redes de comunicación que tenían su centro neurálgico en el Mediterráneo, sino que las redefinió de varias maneras. El Mediterráneo fue la «membrana líquida» que permitió la aportación fundamental de la cultura árabe a la Europa medieval y luego se convirtió en la sede de los imperios marítimos de Génova, Venecia y Cataluña.

Europa no puede definirse mediante una frontera con América. En la Edad Moderna, el Atlántico se convirtió en el eje del desarrollo de su comercio. Los diversos grupos y pueblos europeos, al mezclar-

se de multitud de maneras en suelo americano, dieron origen a «nuevas Europas».

Del mismo modo, se delinearon «nuevas Europas» en Australia y Nueva Zelanda, en un continente situado geográficamente en las antípodas de Europa.

La Europa cultural es una y es múltiple

Europa siempre ha sido una tierra de culturas locales, irreducibles a una sola y a veces ferozmente adversas. Sin embargo, el suelo europeo ha sido escenario de la regeneración constante de una civilización, de un contexto común donde las distintas culturas han conseguido dialogar.

En el seno de Europa nacieron las universidades: grandes centros de la memoria, del saber, del pensamiento y del debate fundados en la Edad Media, cuando el latín, la única lengua cultural reconocida, servía al clero de nexo de unión. Fue así como se constituyó una Europa cultural policéntrica, cuya conservación —y posterior desarrollo— llegó hasta la era de la evolución de las lenguas nacionales, que se convirtieron en su totalidad en lenguas culturales. El bilingüismo, el poliglotismo y las traducciones se multiplicaron durante la Edad Moderna. Don

Quijote, Hamlet y Fausto supieron traspasar todas las fronteras lingüísticas.

La Europa cultural moderna nace también gracias a una reinterpretación positiva de la diversidad de sus raíces. Surge de la superación de los enfrentamientos frontales y del nacimiento de un diálogo entre las instancias judías, cristianas, griegas y latinas. El Renacimiento abre un periodo ininterrumpido de intercambios y de aportaciones recíprocas entre los distintos agentes culturales de estas raíces, que no pierden por ello su carácter antagónico. La originalidad europea consiste en la complementariedad y, al mismo tiempo, en la conflictividad que existe entre las herencias griega, romana, judía y cristiana.

La cultura europea emerge del Renacimiento y, gracias a este, se convierte en una vorágine dialógica permanente que genera ideas, teorías, aspiraciones, sueños y formas que se asocian y se disocian continuamente.

De esta vorágine nacen y se desarrollan la tecnología, la ciencia, el Racionalismo, la Ilustración y el Romanticismo.

De esta vorágine nace un espacio cultural, indivisible a la par que conflictivo, transnacional y transecular. Filosofía, ciencias, ideas políticas, letras, poesía, novela, arte y música constituyen su trasfon-

do común. Es la Europa de Montaigne, Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon, Descartes, Pascal, Spinoza, Leibniz y Newton.

Molière, Diderot, Rousseau, Goethe, Marx, Nietzsche, Kafka, Freud, Shelley, T. S. Eliot, Dickens, Dostoievski, Tolstói, Pushkin, Proust, Mozart, Beethoven, Debussy, Mahler, Rembrandt y Miguel Ángel pertenecen a todos los europeos por igual. El imaginario europeo se ha enriquecido gracias al cine con mayúsculas del siglo xx: el de Fritz Lang, Pabst, Eisenstein, Tarkovski, Rossellini o Fellini.

En este espacio cultural toma forma lo que convertirá la cultura europea en algo único y que ha fomentado su difusión y su éxito mundial: un pensamiento que se interroga constantemente y que problematiza la naturaleza, el hombre, la razón y hasta la fe. Las respuestas se multiplicaron y se contradijeron, pero, por suerte, las grandes cuestiones siguieron quedando en el aire.

El pensamiento europeo se caracteriza además por su carácter dialógico; en él dos tipos de pensamiento son inseparables por su propio antagonismo: la fe y la razón, la duda y la religión. Europa cuenta con pensadores de la duda como Montaigne y con pensadores de la razón como Descartes. Pascal une la duda y la fe mística y utiliza las armas de la razón para demostrar sus límites.

La universidad europea conquistó su libertad con respecto a los poderes y las iglesias instituidas. Precisamente por ese motivo se convirtió en un lugar privilegiado para problematizar la realidad, aspecto que caracteriza a la cultura europea moderna, aunque esta no esté exenta de ambivalencias ni de conflictos internos. Durante los siglos xvii y xviii, la mayor parte de los descubrimientos científicos tuvo lugar al margen de las universidades, encalladas con frecuencia en un conservadurismo rígido y estereotipado. No obstante, a comienzos del siglo xix, la reforma llevada a cabo en Berlín por Humboldt introdujo definitivamente las ciencias en las universidades y las convirtió en pilar fundamental de la cultura europea moderna.

La historia de Europa es una historia de metamorfosis

En el origen de Europa no existe un único principio fundador. El principio griego y el principio latino proceden de su periferia y la preceden. El principio cristiano proviene de Asia y no se difundirá por Europa hasta finales del primer milenio de su historia.

Europa huye de cualquier perspectiva simplifi-

cadora que se empeñe en considerarla una entidad puramente religiosa o puramente laica, conservadora o revolucionaria, guiada en exclusiva por las luces del racionalismo científico o basada en la tradición, unida o dividida.

Si creemos detectar un atributo auténtico y originario de Europa, omitimos su contrario, también plenamente europeo.

Europa es derecho, pero también albedrío.

Europa es democracia, pero también opresión.

Europa es dignidad humana, pero también racismo.

Europa es espiritualidad, pero también materialismo.

Europa es medida, pero también desmesura.

Europa es razón, pero también sueño y mito.

No existe una Europa clara, definida y armónica.

No existe una esencia ni una sustancia europea primaria.

No existe una realidad europea anterior a cualquier antagonismo.

Civilización y barbarie han ido de la mano a lo largo de toda la historia de Europa.

Europa huye de toda exaltación y de toda devaluación demasiado radical.

Europa ha concebido, puesto en marcha y de-

sarrollado el pensamiento laico, los derechos humanos y las ideas de libertad y de democracia.

Europa, sin embargo, también ha practicado durante siglos la esclavitud en el mundo entero. Con el colonialismo oprimió a innumerables pueblos e impidió que estos se emanciparan. A veces redujo sus propias creaciones políticas e intelectuales a formas de pensamiento simplificadoras y restrictivas, y las implantó en otras culturas. Otras veces, la visión europea se impuso como dominadora de las demás culturas; consintió y provocó la destrucción de tradiciones milenarias en todo el mundo al considerarlas un conjunto de errores, prejuicios y supersticiones que era preciso erradicar para abrir paso a la civilización única y «verdadera».

Por otra parte, Europa ha sabido interactuar de modo fecundo con otros pueblos, contribuyendo a valorarlos y abriéndoles nuevas posibilidades de desarrollo.

La Europa moderna unifica el mundo

Durante el siglo que siguió al año 1492, los pueblos europeos conquistaron las Américas y circunnavegaron el globo. Las redes de intercambio continentales, hasta ese momento aisladas, se entretrajieron

rápidamente formando una economía única y global. Las formas de vida material de los pueblos comenzaron a converger. La progresiva influencia de la mundialización produjo, sobre todo, el derrumbamiento de las barreras agrícolas y culturales, el descubrimiento de la diversidad antropológica, biológica y ecológica de la Tierra, la interconexión de todos los continentes y, en definitiva, la occidentalización del mundo gracias a la hegemonía, directa o indirecta, de las potencias europeas.

La era planetaria dio su pistoletazo de salida con la unificación microbiana y agrícola del mundo. Las bacterias y los virus procedentes del Viejo Mundo diseminaron la viruela, el sarampión, la gripe y la tuberculosis por el Nuevo Mundo, causando estragos entre la población nativa. Aquellos pueblos no habían desarrollado ninguna forma de inmunidad frente a las bacterias y los virus europeos.

Las epidemias que durante miles de años habían arrasado las civilizaciones del Viejo Mundo eran, por lo general, un fruto envenenado de sus modos de vida agrícolas y sedentarios. Muchas veces los gérmenes letales eran mutaciones que los animales domesticados transmitían a los hombres y que luego encontraban condiciones favorables para su propagación por la gran densidad humana característica de extensas regiones de Eurasia.